

## Salvador Dinamarca

Cónsul de Chile en Boston

### **Julio Vicuña Cifuentes, Humanista y Poeta 1865 - 1936 (1)**

JULIO VICUÑA CIFUENTES nació en la ciudad de La Serena, Chile, el 1.º de marzo de 1865. Hizo sus estudios de humanidades en su ciudad natal. Ahí empezó su carrera literaria a los quince años de edad, colaborando activamente con artículos y poesías en los periódicos locales.

Cuando terminó el bachillerato, ingresó en la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile. Pero sus inclinaciones no eran ésas. Desde su llegada a la capital santiaguina, tomó parte en todas las sociedades científicas y literarias. Colaboró asiduamente en los diarios y revistas. Mediante sus lecturas privadas y el contacto con las personas más ilustres, adquirió una cultura amplia y profunda.

En reconocimiento de su sólida preparación filológica, en 1896 fué nombrado profesor de gramática y literatura castellana en el Liceo A-munátegui de Santiago. Durante catorce años desempeñó estas funciones con aplauso general. Centenares de literatos y periodistas distinguidos salieron de sus clases.

Su inquietud intelectual no se limitó a las aulas. En 1898 ensayó el teatro, con *La muerte de Lautaro*, cuadro trágico en un acto y en verso. En el Congreso Pedagógico celebrado en Santiago en 1902, subió a la tribuna para defender con ardor

---

(1) Discurso pronunciado en la convención anual de la Asociación de Profesores de Lenguas modernas de Nueva Inglaterra, celebrada en Amherst, Massachusetts, el 8 de Mayo de 1937.

la enseñanza científica del castellano. Hizo numerosas traducciones elegantes y correctas, en prosa y en verso, del latín, del francés y del portugués.

En 1911, por motivos de salud, se vió obligado a alejarse de las tareas docentes. Su retiro, sin embargo, no fué para descansar. Desde entonces se dedicó con todo ahinco a completar sus trabajos sobre folklore. Para esto se hizo rodear de entusiastas colaboradores, elegidos de entre sus propios discípulos. Así pudo publicar, en 1912, su excelente colección de *Romances populares y vulgares*.

Correspondió, pues, a Julio Vicuña Cifuentes, el honor de ser el iniciador y el paladín de estos estudios en Chile, y el primero en comprobar en Sudamérica que «el romance tradicional existe donde quiera que se le sepa buscar en los vastos territorios en que se habla español. . . .» (1)

¿Cuántos de los romances españoles persisten en la tradición popular de Chile. «Nadie podría decirlo. . . . Puede asegurarse, en presencia de lo que nos queda, que. . . . se olvidaron los romances históricos. . . . los de asuntos clásicos y los fronterizos y moriscos. . . ., los que contaban amores y aventuras. . . ., y sólo fueron quedando aquellos de asuntos fuertes y pecaminosos y algunos sobre temas bíblicos y devotos. . . .» (2)

Hagamos una ligera excursión por las páginas del libro. Aquí nos encontramos con Manuel Flores, de 65 años, recitando el romance de Bernardo del Carpio:

*Paseábase el del Carpio  
por las murallas francesas,  
armado de punta en blanco,  
para atacar al Rey Santo  
que desgracias les hacía.  
Con la punta de la espada  
hacía raya en el suelo,  
y juraba por los santos  
vengar los ultrajes hechos. (p. 9)*

O con Carmen Olivares, de 40, entusiasmada con el hermoso romance del Conde Alarcos:

(1) Ramón Menéndez Pidal, *El romancero español*, p. 103.

(2) Julio Vicuña Cifuentes, *Romances populares y vulgares*, pp. XIX y XX.

*Retirada está la infanta,  
que no está como solía,  
porque el rey no la casaba  
ni tal cuidado tenía.  
Atinó a llamar al rey,  
como otras veces solía;  
vino el rey a su llamado  
a ver pa qué la quería. (p. 15.)*

O con Eloísa Orellana, de 23, recitando el de Delgadina:

*Un rey tenía tres hijas  
bonitas como la plata,  
y la menorcita d'ellas  
Delgadina se llamaba.  
Un día estando en la mesa,  
mucho el padre la miraba:  
—¿Qué me miras, padrecito,  
qué me miras, que me matas? (p. 27.)*

O con Evaristo Escobedo, de 50 años, recitando la Muerte del señor don Gato:

*Estaba el señor don Gato  
sentadito en su tejado.  
y le llegaron las nuevas  
que había de ser casado.  
Llegó la señora Gata  
con vestido muy planchado,  
con mediecitas de seda  
y zapatos rebajados.  
El Gato, por darle un beso,  
se cayó tejado abajo,  
se rompió media cabeza  
y se descompuso un brazo. (p. 133.)*

En 1915 apareció la segunda de sus grandes obras folklóricas, *Mitos y supersticiones*, la cual contiene importantes referencias comparativas a los de otros países latinos.

De los mitos citaremos brevemente *El Colocolo*, de origen araucano. «El Colocolo es un ratoncillo muy bravo. Anida cerca de las habitaciones, y la persona a quien le bebe la saliva, comienza desde ese momento a enflaquecer y a desfigurarse, y concluye por morir, si no se logra matar a tiempo el animalejo... Otros dicen que El Colocolo es una lagartija que le chupa la sangre a las personas mientras están dormidas.....» (p. 35.)

En cuanto a las supersticiones, he aquí dos:

1. *De los sueños* (p. 211). «Si al que sueña en voz alta se le coloca una mano sobre el corazón, responderá a todas las preguntas que se le hagan.»

2. *De las plantas* (p. 271). «El romero es la planta que mayores virtudes medicinales posee, pues sirve para curar todo mal, ..... tan buena es para sanar las enfermedades naturales, como las de origen maléfico. Sus propiedades antisépticas son tan populares, que aun las muchachas cantan:

*El día que yo te quiera,  
te he de sahumar con romero,  
para quitarte el contagio  
de tus amores primeros.*

En 1916, Julio Vicuña Cifuentes pasó a formar parte de la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española. Su discurso de incorporación versó sobre *La poesía popular chilena*, y constituye otro de sus valiosos aportes a nuestro folklore. «La poesía popular de que voy a hablaros, no es, por de contado, (decía el nuevo académico), una poesía análoga a la que produjo los cantares de gesta de la Edad Media, ni siquiera los romances de la España caballeresca y aventurera de los siglos XV y XVI. Los tiempos han cambiado..... (1)

..... La poesía popular chilena, aunque tiene cierta originalidad étnica, no se distingue substancialmente de la española de la misma índole, a imitación de la cual se ha formado..... Casi todos los romances chilenos..... refieren sucesos de la vida campesina y aventurera de nuestros huasos, rumbosos, enamorados y pendencieros.....

..... La poesía del pueblo chileno no es tierna, no es sentimental,..... y cuando quiere serlo,..... cae en la vulgaridad más completa..... El pueblo se burla de los amantes tímidos

(1) Discurso..... Boletín de la Academia Chilena, t. I. Cuaderno III, Santiago de Chile, 1915, p. 237 y siguientes.

y melancólicos, que no interesan a las mujeres ni se hacen simpáticos a los hombres, y los mira como seres débiles y apocados, sin aptitudes para triunfar de sus rivales.

Para él, el hombre que dice a la mujer a quien ama:

*Cuando cantas a otros  
en la guitarra,  
yo me llevo llorando  
como la parra,*

no puede competir, y está en lo justo, con el que brioso advierte:

*La mujer que a mí me engañe  
se ha de poner pantalones,  
el trabuco en las alforjas  
y el cuchillo en los corriones; (1)*

Las mujeres no son tampoco muy rendidas: se quejan de la inconstancia de los hombres, pero no les prodigan ternuras verbales:

*No te fies de los hombres:  
son hechos para el rigor,  
se engríen cuando los quieren  
y a la ingrata dan su amor.*

No siempre el matrimonio pone fin a estos duelos rimados entre cortejos, porque a veces reviven más ardientes en el hogar común, pasada la brevísima luna de miel, y entonces, si al marido se le ocurre cantar:

*Tu madre me dió una rosa  
y yo se la recibí:  
¡ay! rosa con más espinas  
nunca en mi vida la ví;*

puede que la mujer le conteste:

*Un clavel muy delicado  
un jardinero me dió:  
lléve el clavel a mi casa  
y clavo me resultó.*

(1) *Corriones* = correones, aum. pl. de correa. *En los corriones* = en la pretina, en el cinto.

(Los hombres del pueblo) . . . creen . . . que la blandura de los sentimientos es incompatible con la guapeza, y . . . aplauden y endiosan al . . . fanfarrón que dice:

*A mí no me mandan medios, (1)  
ni me manijan cuartillos: (2)  
este pecho yo lo mando  
y ha de ser lo que yo digo.*

Sin embargo, . . . algunas coplas hay, al parecer chilenas, que no desmerecen de sus congéneres españolas:

*Si por pobre me abandonas,  
buscá un rico que te dé,  
y si el rico te desprecia,  
busca a tu pobre otra vez.*

En 1920, Julio Vicuña Cifuentes publicó su único libro de versos, *La Cosecha de Otoño*, que causó «en todos los círculos intelectuales una alegre y primaveral impresión de sorpresa. Era la poesía antigua y era también la nueva; eran la claridad sencilla, la medida justa, la naturalidad sabrosa, con sus despuntes de malicia criolla, unida al vario jugar de las rimas y los metros; eran el adjetivo intacto, la imagen inesperada, una ternura bañada de ironía y vuelta profunda por la experiencia, con cierto dejo melancólico que es como el encanto de la edad, madura.» (3)

¿Cuál era su poética? El mismo la define: «La idea, en poesía, es casi siempre producto de la inspiración, y dicen que la lógica pierde su tiempo cuando trata de doctrinar el sentimiento; la forma es las más veces fruto de la reflexión y del buen gusto, pues en raras ocasiones brotan las estrofas de los labios del poeta, armadas de punta en blanco, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Aquello de que lo que bien se siente, bien se expresa, no pasa de ser una bonita quimera en la mayor parte de los casos; y por algo dijo un preceptista, que era también poeta distinguido: escribid con toda la fuerza de la inspiración, pero corregid después con todo el rigor de la lógica.» (4)

(1) y (2) *Medios, cuartillos*: monedas menudas de plata usadas en Chile antes de adoptarse el sistema decimal.

(3) Alone, *Panorama de la literatura chilena del siglo XX*, p. 66.

(4) Introducción a *Recuerdos* de B. Vicuña-Solar, p. XLVI-XLVII.

En el primer soneto de la colección, el poeta dice, refiriéndose a sus versos:

*Es lo que va quedando de una vida cansada,  
que anduvo siempre a tientas, sin hallar su camino,  
y que ahora regresa, sin haber hecho nada.*

«Nota triste y desengañada, propia de quien probablemente le pidió mucho a la vida, acarició un ideal altísimo, gustó de todos los placeres que ofrece el mundo; y halla, al fin, un saldo de desengaños.» (1)

Con qué acierto, el maestro de retórica, juega con las trabas de la métrica. Veamos, por ejemplo, su hermoso poema, *Noche de vigilia*, en que en diversos metros y ritmos, revive viejos recuerdos:

*Son las doce de la noche . . . . . ¿Quién me llama?  
Todo calla, todo duerme . . . . . ¿Quién me llamó?  
¿Has sido tú, al pasar,  
abejorro repugnante siempre en vela,  
o esa araña, que los hilos de su tela  
tal vez hizo vibrar?*

*No es el arpa de la araña,  
ni el menguado cornetín  
de ese estúpido abejorro que regaña  
con su música sin fin.*

*Es la voz casi muda  
de alguien que aquí no está.  
Es una voz crepuscular . . . . . ¡Sin duda,  
es voz del Más allá!*

*Siento el plácido embeleso de los años juveniles,  
oigo toques de campanas y rumor de tamboriles,  
y parece que de nuevo soplan brisas de ilusión.  
¡Oh Galiana! Desde el día que tu vida rompió el broche,  
no estuviste más cercana de mi lado que esta noche,  
y aunque el ánimo se turba y palpita el corazón,*

(1) Antonio Gómez Restrepo, *Cromos* Núm. 240. 1921.

*siento el plácido embeleso de los años juveniles,  
oigo toques de campanas y rumor de tamboriles,  
y parece que de nuevo soplan brisas de ilusión.*

*La luz astral se desvanece,  
y más la noche se oscurece  
y más arrecia mi inquietud.  
Tal vez el aire está dormido  
desde que trajo aquel rüido  
voz de lejana juventud.*

*El gallo canta. Viene el alba.  
Tenue fulgor los montes salva  
teñido en suave rosicler.  
Y ante la luz que reaparece,  
leve y sutil se desvanece  
aquella forma de mujer.*

O este otro, tan gracioso y tan sentido de *La Mimosita*, que encierra un drama de miseria y de dolor de una chica encantadora:

*Ojos de gacela de la Mimosita,  
rizos de azabache de la Mimosita,  
manos nacaradas de la Mimosita. . . . .  
¿En dónde ahora están?  
Sus alegres cantos, voces de la aurora,  
los blandos arrullos con que a veces llora,  
¿qué oídos, ahora,  
los escucharán?*

*Las vecinas cuentan que se fué muy lejos;  
que vendrá muy pronto; que no volverá. . . . .  
La humilde casita de los muebles viejos,  
con una herradura clausurada está.  
¡Misterio! ¿Qué habrá?  
Las vecinas cuentan que se fué muy lejos;  
que reía alegre; que llorando va.*

Muchos fueron los temas en que se inspiró Julio Vicuña Cifuentes. Aun el asno, el filósofo de todos los tiempos, aparece en uno de sus mejores sonetos:

*En la dehesa sátiro, en el corral asceta,  
paciente como Job, como Falstaff deforme,  
con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta  
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.*

*Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta,  
con su destino vive, si no feliz, conforme,  
y prolonga su efigie de contrahecho atleta  
en una innumerable generación biforme.*

*Vivió noches amargas, tuvo días lozanos,  
le cabalgaron númenes, le afligieron villanos,  
unas veces la jáquima, otras veces el freno.*

*Honores y trabajos tiempo ha los dió al olvido,  
pero siempre recuerda su pellejo curtido  
la presión inefable del dulce Nazareno.*

¿A qué tendencia de la poesía hispanoamericana pertenece Julio Vicuña Cifuentes? Del estudio de sus composiciones se desprende que es modernista, «más modernista que los del modernismo». (1) El había dicho, en 1918, que «El modernismo. . . . (ha triunfado), porque el arte, como la ciencia, como la vida, es renovación, es progreso, y del progreso se puede decir lo que los antiguos decían del destino, — que conduce al que le sigue y arrastra al que le resiste —.» (2)

En 1925, Julio Vicuña Cifuentes, a los sesenta años de edad, reanudó sus tareas docentes. Esta vez como catedrático de literatura española en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Fué ahí donde tuve el honor de conocerle y de contarme entre sus alumnos. Era don Julio, como afectuosamente le llamábamos, de mediana estatura, siempre correctamente vestido, de cara bondadosa y serena, de ojos vivos y de nariz ligeramente aguileña. En sus clases, profundo y ameno; enseñaba e inspiraba: era todo un profesor.

(1) Federico de Onís, *Antología de la poesía española*. . . . p. 722.

(2) *Estudios de métrica española*, p. 73.

De él decía uno de sus colegas: «En su trato nos recuerda a Anacreonte por su sano epicureísmo y a Valera por la gracia picaresca y el gusto anecdótico.» (1)

Sus discursos académicos se encontraban dispersos en diarios, revistas y folletos, ya completamente agotados. Accediendo al ruego de sus lectores, los reunió, seleccionó lo mejor, y en 1926 los publicó. «El título — *He dicho* — que doy a esta colección, (dice) indica el buen propósito que tengo — ¡Ah, los buenos propósitos!... de poner término a mi carrera de orador académico, tardíamente y sin vocación comenzada, y ahora abandonada sin pena.» (p. 6).

La verdad es que hasta entonces no había salido de las prensas chilenas una obra oratoria tan acabada. No es hipóbole si digo que estos discursos se dejan leer con el interés y el placer con que se saborean las obras maestras de la literatura. ¡Qué belleza de pensamiento! ¡Qué lenguaje tan castizo! ¡Qué humano calor tan intenso hay en cada uno de ellos!

Cómo no recordar, en este instante, siquiera algunas de las palabras con que despidió a las jóvenes que terminaban sus estudios en el Santiago College: «Poned amor en vuestras obras. El amor es la razón suprema del universo. Es poder que crea, fuerza que impulsa, afinidad que atrae. Todo lo grande y noble, todo lo que perdurablemente vive, toma principio en él.» (p. 211.)

A comienzos de 1929 dió a luz sus excelentes *Estudios de métrica española*, cariñosamente dedicados a sus alumnos de la Universidad de Chile, cuyo recuerdo iría siempre con él.

Poco después, este mismo año, agobiado por el peso de la vejez, el maestro venerado se alejó definitivamente de la enseñanza y de toda actividad creadora. En la tranquilidad de su retiro, aun nos parecé verlo en el escritorio de su biblioteca, bien pertrechado de libros y de chales, entre papeles y frascos de remedio, con una boina vasca, larga bata franciscana y entre los pies, un brasero de bronce, mezclando en la charla erudita y maliciosa la anécdota hábilmente elegida y sutilmente contada.

Así vivió sus últimos años, gozando del cariño de los suyos, del afecto de sus alumnos que nunca le abandonaron, de la lealtad de sus amigos y de la admiración de sus lectores. El 16 de Octubre de 1936, cerró los ojos para siempre.

(1) E. Solar Correa, *Poetas de Hispano-América*, p. 143.

Julio Vicuña Cifuentes ha muerto, pero su obra intelectual vivirá eternamente. En la historia de las letras chilenas, nadie le disputará «el puesto que le correspondía por derecho natural y de conquista, y que es el de uno de los más amables príncipes de la cultura». (1)

---

(1) Alone, La Nación, Santiago de Chile, 25 de Octubre de 1936, p. 2.